

# Ligia María Orellana

---

## Cuentos

### Maravillas arácnidas

Señora araña

Sus patas son más largas

Que este haiku

### Manifiesto Tercermundista

Joselo Manifiesto despertó una mañana de octubre, refunfuñando. Su café matutino se volvía amargo por culpa de las noticias que traía el nefasto periódico. “¡No puedo creer lo que escuchan mis ojos!”, exclamaba entre sorbos y artículos de 500 palabras.

Veinte minutos más tarde, el ingenuo, dogmático y egocéntrico hombre se subió a su modesto automóvil, y se dirigió a su modesto trabajo, con su arrogante estupidez bien afianzada en su idiosincrasia.

La calle a dos calles del edificio donde trabajaba estaba bloqueada por la Comunidad de Infelices Ciudadanos Sedientos, que no tenía servicio de agua desde hacía 1084 días. Cuando el modesto carro de Joselo quedó atascado en el embotellamiento, Joselo refunfuñó como lo hizo en la mañana: “¿Qué me importa que no tengan agua?! ¡Tengo que llegar a mi trabajo!”, masculló encolerizado. Y no es que quisiera llegar a su trabajo.

Joselo Manifiesto se presentó en la oficina con dos horas de retraso. La Comunidad de Infelices Ciudadanos Sedientos se vio obligada a retirarse después de que uno sus miembros sufriera combustión espontánea a media calle.

“Señor Manifiesto, lo llama su ex esposa”, se oyó decir a su secretaria, cerca del almuerzo. “Dice que usted la está sometiendo a violencia económica y que si no le pasa el cheque esta semana, usted irá a la cárcel y después al infierno”. Y la secretaria sonrió, porque le fascinaban las telenovelas.

El señor Manifesto dio por terminada la charla con su ex cónyuge sin haberla iniciado; no podía ir a la cárcel, porque tenía amigos. Y en cuanto al infierno, ya estaba en él.

Despertó al día siguiente, refunfuñando. Despertó en abril, y seguía refunfuñando. Procreó desconocidos con desconocidas, y su estómago se hinchó cada día un poco más. Octubre pasó diez veces, y él seguía refunfuñando por las mañanas. La Comunidad de Infelices Ciudadanos Sedientos fue arrasada por una inundación y no quedó vivo ni un solo miembro. A pesar de eso, los embotellamientos continuaron.

Joselo Manifesto nunca hizo nada benévolamente extraordinario, ni sobresalió en nada más que su prominente barriga de alcohólico fantasioso.

Una mañana de agosto, a sus 49 años, no se despertó refunfuñando. Porque de hecho, no se despertó. En su país, que estaba en vías de subdesarrollo (muy lejos del desarrollo), la esperanza de vida no era muy prometedora. En todo caso, ¿a quien le gustaría vivir tanto tiempo en un país tercermundista, con Joselos Manifestos como compañeros de desgracia?

“De todos modos era un bastardo”, dijeron sus compañeros de oficina como único epitafio.

# Ligia María Orellana

---

## Cuentos

### Un dardo, un árbol, y un ronquido

Tres días atrás, había vendido un riñón para comprarme un par de zapatos de charol. Este era mi primer día vistiéndolos con orgullo. Justo el día en que entró mi amargado jefe al cubículo y me escupió en el pelo. “Quiero un artículo de quinientas palabras sobre este hombre”, rugió, tirando sobre mi desvencijado escritorio la borrosa fotografía de un hombrecito suburbano.

Esa misma tarde me trasladé a la dirección que estaba garabateada al reverso de la foto. El lugar era Sentral Parc, un feliz espacio público para el sano esparcimiento de la ciudadanía. Iba caminando, con un zapato de charol en cada mano, para no ensuciarlos con el polvo, el concreto y la grama. Llegué a la gran encina, en el centro del parque, y mientras me apoyaba en ella para calzarme los zapatos, vi al hombrecito suburbano sentado sobre un banquito, carcajeándose de lo lindo frente al árbol, mientras sorbía de su taza de té. “No es té”, dijo una vocecita sobre mi cabeza, un colibrí posado en una ramita. “Es café, y estamos esperando a que la Reina de Inglaterra se nos una”. Y en ese momento un dardo, aparentemente disparado por el colibrí, destruyó la taza en las propias manos del hombrecito suburbano. Pero él, inmediatamente y sin inmutarse, abrió una cestita junto a su banquito y sacó otra taza, que ya contenía café, y lo sorbió cuidadosamente para no quemarse la lengua. Luego volvió a reírse: “¡No hay nada como charlar con usted!”. Se lo decía a la encina, obviamente.

“Lo peor son los ronquidos, prueba de su condición de clase media”, resopló el colibrí mientras dejaba la rama y volaba ligeramente hacia atrás. “¿Qué?”, le pregunté. “¿Que qué?”, me respondió, y un dardo pasó rozando mi hombro izquierdo. “Quiero decir que me molestan sus ronquidos”, aclaró amablemente, aunque yo hubiera jurado que su tono era sarcástico.

El colibrí se alejó como una estrella fugaz, y cuando me volteé tratando de seguirlo con la vista, encontré a la par mía a un señor, muy erguido, pero apaciblemente dormido. En efecto, roncaba como si fuera de clase media. Lo sacudí, y no me contestó. Le di un zapatazo de charol en la cabeza, y nada. Supuse que era narcoléptico. “Caballero”, dijo el hombrecito suburbano, reparando en mi presencia por primera vez, “tírelo al suelo”. Obedecí mecánicamente. “¿Cómo no obedecer a un hombre que toma café con los árboles”, reapareció el colibrí, resoplando. Y

esta vez el dardo se insertó en el muslo del señor durmiente, que yacía en el suelo después de mi empujón. “¿Qué demonios?!” exclamó, y se extrajo el dardo, fastidiado. “Perdone”, le dije, “pensé que algo le pasaba... ¿es narcoléptico, o algo?”. “¡Caramba, no! ¿Qué tiene de malo dormir? ¿Usted no duerme?”. Avergonzado, le ayudé a levantarse, pero en cuanto se puso de pie, se volvió a dormir. “Oh, bueno”, murmuró el colibrí, como encogiéndose de hombros.

En ese momento, el hombrecito suburbano guardó la taza en la cesta, y se levantó. “Un placer”, dijo sonriente, haciendo una reverencia. Recogió su banquito y se fue. “Regresaré mañana, árbol. No vayas a ningún lado”, dijo el colibrí, falseando gravemente su vocecita. Y un dardo cayó junto a mi cabeza, en el tronco de la encina. Arranqué el dardo y regresé a la oficina, no muy seguro de todo lo que acababa de observar. Me inventé una breve entrevista con el hombrecito, en la que afirmaba ver colibríes sarcásticos y señores narcolépticos. Todos en la oficina se rieron y gritaron a los cuatro vientos que *él* estaba loco.

# Ligia María Orellana

---

## Cuentos

### Cuento

Había una vez que se repitió a sí misma.

Una y otra y otra vez.

### Don Asíntota

Don Asíntota ha enviudado de su señora esposa, María Fulana, después de cuatro décadas de feliz matrimonio. Al finalizar su temporada de luto, con los ahorros de su vida, instala una imprenta para poder publicar un periódico alternativo, "Coyuntural".

Don Asíntota tiene mucho que decir, pero la primera edición no alcanza a ver la luz. Antes de las 11 de la noche, los soldaditos irrumpen en la casa de don Asíntota, y se lo llevan en un jeep verde a un lugar lejos de testigos y de personas que más adelante puedan reconocer su cuerpo. Le inyectan una bala. Sólo una.

Y esto usted no lo sabrá nunca, porque no saldrá en las noticias.

# Ligia María Orellana

---

## Cuentos

### **Doña Enésima y el Atentado Antiterrorista**

Doña Enésima Clark-González era viuda, y esa mañana había perdido sus lentes. Los buscaba desesperadamente por cada rincón, con la típica certeza de que les habían salido patas y se habían ido caminando. Lo que podría refutarse diciendo que les habían salido alas, no patas, y se fueron volando. Pero al final da igual, no los encontraba.

Doña Enésima no podía leer sin sus lentes. Le eran particularmente necesarios en la mañana, porque ella no podía desayunar sin leer el periódico. Era una lástima, porque ese día, en la sección “¡vida social!”, aparecía el siguiente fragmento:

### **ESPERA A LA CIGÜEÑA**

Ana Lúdica Aorta ha recibido una inesperada sorpresa. Descubrió recientemente que está embarazada de su novio (¡ups!) y deberá dejar sus estudios para encargarse del bebé. Sus padres, Carolino Aorta y Lalá de Aorta ofrecieron un té, porque a pesar de todo, están felices por la llegada del infante, que sin duda les ayudará a sobrellevar su crisis de andropausia y menopausia respectivamente. Sin embargo, aún no se descarta el aborto.

“Hay personas que buscan cada excusa para salir en el periódico”, hubiera dicho doña Enésima si lo hubiera leído, siempre lista a escandalizarse por las prácticas más normales de la sociedad actual.

Eran las 7:30 de la mañana cuando empezó a buscar sus lentes; a las 8:24 se dio por vencida. Definitivamente, sus lentes se habían ido (caminando, volando, qué importa).

A las 9:30 salió de su casa de habitación, sin haber desayunado y, lo que es peor, sin haber leído el periódico. Se dirigió a un edificio multi-usos, a la segunda planta, donde estaba una sucursal de Ópticas Chocha, su mejor proveedor de aros, lentes y en general, como decía el lema, “todo para su alegría ocular”.

Había algo de lo que doña Enésima no se enteró. La verdad no se enteró ningún ciudadano, sólo los de alto rango que pertenecían a la muy estúpida Central de Inteligencia del

Estado. A las 9:57 estaba programado un atentado antiterrorista, un ataque redentor apoyado por los Estados Hundidos, que en esos momentos estaba en guerra con Terrorismo, un país de extrañas costumbres.

Acorde con el plan, la bomba explotó a las 9:57, en el cuarto piso. No hace falta describir el caos y el terror de toda la nación, porque eso ya está muy visto gracias a la magia de la televisión y sus películas en horario estelar. Baste decir que a doña Enésima se la llevaron en ambulancia. Muy grave. Y sin lentes.

El General del Estado Mayor dio declaraciones a la prensa, a las trece horas con dos minutos, hora en todo el territorio nacional (menos en las Islas Bolsón, que estaban adelantadas una hora). Dijo que eran lamentables los daños colaterales (a él le daba igual), pero que había acabado con la vida de 32 presuntos terroristas que estaban en ese edificio (farsa, eran sólo cinco).

Doña Enésima murió ese día a las cinco de la tarde (o como diría el General del Estado Mayor, a las diecisiete horas), y fue enterrada, sin lentes, al día siguiente en el Cementerio del Ilustre Daño Colateral. Su pequeña familia, una hermana con su esposo e hijos, asistió al funeral.

De hecho fue su hermana quien, dos días después, encontró los lentes de doña Enésima en el basurero de su dormitorio. Doña Enésima olvidó por completo que ya no los necesitaba, porque, por ser una mujer de fe, la Virgen de Guadalupe había obrado con bondad sobre ella, devolviéndole la vista 20/20 a sus cansados ojos, justo un día antes del trágico evento.

Ana Lúdica abortó, no volvió a tener hijos, y murió de cáncer uterino. Lo cual también consideramos un trágico evento.

## **La Ducha**

Mientras el shampoo bajaba por su cabeza,  
deseó con vehemencia tener párpados.

---

**De libro: "Combustiones espontáneas" (Cuento, Talleres Gráficos UCA, San Salvador, 2004), e inéditos.**